



Poner el retiro bajo la protección de la Santísima Virgen

Madre María Eugenia

18 agosto 1884

Queridas hijas

He aquí el momento del retiro, y les recomiendo particularmente de acordarse de que María es su madre, aunque, ciertamente, hay que acordarse todo el año. Les invito especialmente a poner bajo su protección el retiro que vamos a hacer, con confianza, por la oración y por la resolución generosa de imitar su honestidad y la fidelidad de su corazón en su respuesta a la gracia de Dios.

Es necesario obtener de la Santísima Virgen un retiro santo y que nos santifique. Se obtiene todo gracias a la oración de la Santísima Virgen. En Lourdes, por ejemplo, ¡cuántas gracias, cuántas curaciones y conversiones! Pero observen que esas gracias no se obtienen más que con una oración perseverante: cuando la oración se debilita, los milagros cesan.

Entonces, si nuestras oraciones son ardientes, obtendremos más gracias. En el orden espiritual, ¿no tenemos necesidad de curaciones, de enderezamientos, de gracias de fuerza, de renovación, de dones de todo tipo?

Nosotros también tenemos heridas y languidecemos. Estamos torcidas de un lado o de otro. Sentimos que nos faltan muchas cosas. Todo eso, lo obtendremos de la Santísima Virgen por una oración ardiente, confiada y perseverante.

Propónganse, como uno de los puntos de su retiro, pedir a la Santísima Virgen aquello que más necesitan.

Creo que todas ustedes tienen buena voluntad, hermanas. Si ustedes vislumbraran lo que Dios quiere de ustedes, lo harían enseguida, o más bien, entrarían por la vía por la que las conduciría. Pero no siempre se ve aquello que necesitamos.

Como lo dice el buen San Francisco de Sales: Mucha gente pone a la perfección el vestido que quiere. Es una gran desgracia ponerle vestidos que no son los que Dios quiere para nosotros. El buen Dios quisiera que tuviéramos sobre todo algo sólido, humilde, las virtudes que están en relación con los votos: la perfección de la pobreza, de la obediencia, del amor de Jesucristo, la paciencia y este amor de caridad que conviene a los religiosos.

Creo que les he dicho ya que el papa San Urbano II, invitado a hablar a una comunidad de monjes, les recomendaba sobre todo la paciencia como la virtud que más convenía a los

religiosos. Hay que creer que el Papa tenía la gracia para no equivocarse, y por consecuencia, debemos poner la paciencia en primera línea en nuestras resoluciones.

A la paciencia, agreguen como frutos de su retiro, la humildad, la dulzura, la observancia, la caridad, que son virtudes tan necesarias a la vida de comunidad.

Es importante, mis hermanas, que el retiro sirva no solamente para nosotros sino para la comunidad, y que renueve y santifique a la Congregación.

Les indico solamente un punto que les pido examinar atentamente. Fíjense cuánto la vida común pide siempre que cada una ponga de su parte, de manera que las hermanas tengan gozo encontrarse en caridad y que la vida común sea agradable para todas. Pues bien, hay pequeños defectos que se cuelan a veces en las relaciones y hacen la vida común más difícil. Lo primero es toda especie de *personalidad*¹. Es decir, las veces que volvemos a nosotras mismas, que recordamos dificultades pasadas y que se hablan con las otras, eso vuelve las relaciones penosas.

Les señalo otro pequeño defecto: es la broma. ¡Oh! No sean burlonas. Cada vez que se bromea se echa a perder la vida común. Se abre la puerta a disgustos, a susceptibilidades. Si hay personalidades que invaden un poco la vida común y quieren predominar, guarden silencio. Siempre se tiene derecho de dejar caer las cosas por el silencio. Pero aplíquense a no bromear, a no contradecir. Si bromean, que sus bromas sean siempre amables. Traten de tomar la broma bien y nunca estar susceptibles por su propia cuenta.

Nunca vengan a la recreación rígidas y engreídas. ¿Qué les hicieron sus hermanas para que caigan así, como un gran balón en medio de ellas? Vayan primero a desinflarse con nuestro Señor. Lleguen luego como servidoras de Dios en medio de otras servidoras de Dios, totalmente ocupadas el amor de Dios y del prójimo.

Guarden siempre, mis hermanas, lo que yo llamo nuestro antiguo espíritu, el que reinaba entre nosotras en nuestros comienzos². Era de una cierta bonhomía, sencillez, bondad. Tenemos todavía hermanas que se acuerdan de esos primeros tiempos: tomábamos todo del lado bueno. Nos encontrábamos siempre con gusto. No me acuerdo de no haber visto nunca que una fuera una prueba para otra.

Una de nuestras hermanas que ya no está en este mundo, contribuía por su buen corazón a arreglar y conciliar mucho las cosas: era la buena madre María Teresa. Era una chica de corazón. ¡Siempre se mostró con un gran corazón! Todo mundo sabe que no había en ella una sombra de egoísmo. Siempre buscaba el bien de las otras. Bromeaba, tenía este espíritu de hacer chistes, pero en sus bromas no había nunca un rasgo áspero ni puntiagudo. Era una chica de buen corazón en todo y para todo.

¹ Utilizado de manera peyorativa en el s. XIX para expresar una exaltación del ego

² Frase en la introducción de la vida comunitaria de nuestra Regla de Vida 1982

Este primer espíritu que era de bondad y cariño, de olvido de sí, de caridad, de unión perfecta es el que debemos tratar de conservar siempre.

Pero no lo conservarán si, al final del retiro guardan algo de su suficiencia... si no quieren que se les toque porque se sienten muy importantes, o si fácilmente comentan sus antiguas dificultades, o si quieren imponer a las otras anécdotas de cosas demasiado personales.

Eviten todos esos “chismorreos” de los que habla san Pablo a los primeros cristianos, cuando les dice: *eviten las cuestiones tontas, las genealogías, las discusiones y polémicas*³.

No cuenten sus sueños, a menos que tengan algo simpático y divertido. En general, esas conversaciones aburren al prójimo y son una carga para los otros.

Examinen, pues, durante el retiro, hermanas, lo que de ustedes puede resultar difícil en la vida comunitaria, sea en la recreación, en las clases, incluso en el Oficio. Traten de alinearse a las demás.

Me acuerdo que, hace un tiempo, una hermana no tomaba nunca el mismo tono que las otras, otra pronunciaba siempre una sílaba después de que el coro había terminado. Era muy desagradable estar al lado de ellas. Este tipo de personas son muy agotadoras en la comunidad. Por ello, esfuércense siempre en el Oficio de adaptarse a las otras, como en todas las cosas de la vida religiosa.

El canto es también una gran prueba para mucha gente. Unas tienen una voz muy bella, otras menos. Si se les dice que cantan demasiado fuerte, entonces abren la boca sin que se escuche una sola nota. O bien, hay quejas de que se va muy rápido o muy despacio, ¡que se canta falseado! A todo esto, les diré hermanas, lo que respondía a una hermana en desacuerdo con su superiora a propósito de los tonos de una pintura: “Es mil veces mejor estar ligeramente en desacuerdo en los tonos de la pintura o en los acordes de la música, que tener el mínimo desacuerdo en espíritus y corazones que están hechos para entenderse”.

Hay en los empleos alguien que manda. Dejen que haga según su entender, serán hijas de virtud. En los empleos. Si cada una jala de su lado, si una hermana quiere barrer el dormitorio comenzando por un lado, cuando se le ha dicho de comenzar por el otro, si ésta se niega a lavar la escalera antes de lavar las celdas, so pretexto que lo van a ensuciar al pasar, y mil razones de este tipo, estará sin cesar turbada.

Para conservar este gran bien que es la paz, dejen decidir a las que están a la cabeza de los empleos. Cedan, faciliten: todo el mundo se arregla con personas facilitadoras.

Les diré un pequeño secreto, a mí que me toca abastecer a las casas de hermanas: me he dado cuenta de que, cuando hay quien no facilita, hay excusas para no recibirla, o no se dice que no por virtud. Créanme hermanas, hay que ser de estas que todo el mundo desea y que nadie teme. Para ello, déjense a ustedes mismas. Sean conciliadoras con las responsables, con la enfermera, lo que no parece fácil a mucha gente, con la hermana encargada del canto o del coro.

³ Carta a Tito 3, 9

Sea que den clase o hagan otra cosa, sean facilitadoras. Santa Chantal decía, a propósito de un pequeño desacuerdo entre sus hijas: una brizna de humildad habría arreglado todo eso, sin que la tuvieran que ir a buscar. Y yo les digo, hermanas, en todas sus relaciones comunitarias pongan ni solamente una brizna de humildad, sino toneladas de humildad y muchísima benevolencia.

Que este sea la característica que busquen formar en ustedes y en las niñas. Sé bien que seguido es necesario llamarles la atención a las niñas. Pero es necesario que ellas sientan que ustedes las aman y que lo hacen para su bien. Vean, una madre adora a su hijo, y sin embargo lo corrige de sus defectos. Esto me recuerda a la madre de Agnès-Eugénie.

Cuando era pequeña y que tenía alguna falta, su madre que era una santa le decía: Ninie, hiciste una tontería, te pegaré esta noche”. Y lo hacía tal como lo había dicho, lo que no impedía que durante el día su madre permaneciera buena y tierna como de costumbre. Así es como debemos hacer. Aun llamando la atención, porque es necesario, permanezcan bondadosas. Que la benevolencia se sienta y que la bondad domine, viendo todas las cosas del lado bueno.

Si viajan, si van a un lugar o a otro, sean benevolentes hacia un país, una costumbre, una manera de hacer diferente a la nuestra. Tómenlo con benevolencia.

En Inglaterra, por ejemplo, tienen la costumbre de tomar el tenedor con la izquierda y no con la derecha: adáptense a esta costumbre y no sean como mucha gente tonta, que no pueden comprender que en extranjero las cosas no se hacen como en su país, que se quejan de las camas, de la comida, etc. esto me recuerda que, estando en Alemania, me encontraba con un señor francés que, sin saber una palabra de alemán, se esforzaba tanto como podía por darse a entender y me puse a su servicio para ayudarlo. Me decía “¿cómo es posible que estos imbéciles no entienden una palabra de lo que les digo?”. Pero ¿cómo indignarse que en Alemania hablen alemán y no francés?

Tenemos en Francia, quizá más que en ninguna otra nación, la dificultad de acostumbrarnos a hábitos extranjeros. Me río, pero créanme, esto pide una reflexión muy seria y oraciones fervientes para que Dios nos haga la gracia de cambiar todo en benevolencia, facilitar, sostener, y que para esto les sea dada humildad, caridad, sentido común.

Si están relacionándose con una persona fría, silenciosa, traten de ser buenas y amables. Dejen caer todo lo que no es la perfección del amor, para encontrarse más allá, donde debemos vivir todas, en el corazón de Jesús, y la Santísima Virgen las conducirá.

¿Quién ha sido más dulce, bondadosa y facilitadora que María? ¿Quién ha tenido más humildad y misericordia que María?

Un pecador que ha pasado toda su vida lejos de Dios, pero porque todos los días dirigía una pequeña oración a María, o porque llevaba su escapulario, ¡María le obtuvo el recibir los sacramentos y morir en gracia de Dios!

¡Qué misericordia, no es cierto, que bondad!... Si ella es así hacia los pecadores, ¿qué no hará por los buenos, por los que le rezan? Ella no les negará nada. Les aseguro que, si le rezan con confianza, les dará las virtudes que le piden.

Es necesario primero ponerse en disposición de adquirir las que Dios quiere de ustedes, las que, desde el punto de vista de su superiora, su confesor, son las más necesarias. Me acuerdo de una hermana, buena religiosa, pero un poco distraída, y por ello no daba suficiente importancia a la obediencia. Ella me decía siempre: “madre, quiero adquirir la humildad”. Yo le respondía: “sí, la humildad, pero sobre todo la obediencia”, y ella corría detrás de la humildad, carrera que todas tenemos que hacer. Para las virtudes como para todo lo demás, refiéranse a lo que les dicen sus confesores y sus directores, sin tener ustedes la opinión previa.

Conocí hermanas que se imaginaban encontrar la perfección en la soledad y decían: “ah, si pudiera hacer un retiro de 30 días sería perfecto!”. Dios puede quizá querer verlas en la humildad, la caridad, a los pies de sus hermanas y hacerles vivir el trabajo como al burro del monasterio. No se hagan un ideal de perfección a su medida, prefieran la que se les aconseja.

San Ignacio recomienda corregir primero los defectos exteriores, quitar aquello que puede desedificar o causar pena a otros. Es muy sabio. San Ignacio no considera solamente a la persona, sino el bien general de la comunidad. Por otro lado, si una hermana quita primero los defectos exteriores, va a poder cultivar más fácilmente las virtudes interiores.

Es imposible, ciertamente, no decir nunca palabras desagradables, o recibirlas con un rostro agradable, guardar silencio, la obediencia, ser dulce, paciente, sin practicar las virtudes interiores.

Me tardé mucho en comprender por qué san Ignacio recomendaba tanto aplicarse primero a quitar los defectos exteriores. Comprendí que quería antes que todo, comunidades perfectamente regulares, donde los miembros se edifican mutuamente. Lo que me confirmó en este sentimiento es que lo encontré también en santa Teresa. Ella dice: “por lo que concierne al exterior, pónganse prontamente en armonía unas con otras. Para el interior, hay que dar tiempo para llegar a un desprendimiento y a una mortificación perfectas⁴.”

Me paro aquí, hermanas. Les digo nuevamente lo que decía al principio: entren en el retiro con una total confianza en la Santísima Virgen. Si el demonio las turba, respondan: “tengo a mi madre”. Una de nuestras primeras hermanas, sor María Luisa, llena de confianza a la hora de la muerte decía: “¿por qué temeré? Tengo en el cielo a mi esposo y a mi madre, ellos me defenderán”.

Ustedes también tienen a su esposo y a su madre, su esposo que quiere hacerles llegar a la perfección. Su madre que les ayudará y les dará los mejores dones. Si abren su alma a la confianza, encontrarán, al salir de retiro, que han recibido de Dios mucho más de lo que pedían y esperaban.

⁴ Camino de Perfección